

tor, salvo algunas opiniones secundarias. Entre éstas figura la que se refiere á la idea de Dios, idea que parece considerar como innata (1) ó connatural al hombre.

En su *Filosofía moral* expone con acierto y resuelve con criterio cristiano los problemas más trascendentales, no solamente de la ética, sino también de derecho en casi todas sus esferas. Piquer afirma resueltamente que «tan demostrable es como las verdades más evidentes de la geometría, que la verdadera religión de Jesucristo solamente es la Católica romana; con que el Príncipe ha de procurar que ésta se promulgue en sus reinos y se guarde en todos sus dominios con inviolable santidad y pureza».

Piquer, al mismo tiempo que considera utilísimo el estudio de la Filosofía escolástica, reconoce la utilidad y conveniencia de conocer los diferentes sistemas filosóficos, ó, como él dice, *toda suerte de Filosofías* (2),

(1) «Han hecho, pues, los hombres estas cosas, siguiendo la idea y noción innata que tienen dentro de sí mismos de la existencia de la Divinidad... por eso debe ponerse entre las innatas y connaturales al hombre.» *Filos. Moral*, lib. 1, cap. 1.

(2) En el prólogo de su *Discurso sobre la aplicación de la Filosofía á los asuntos de religión*, encontramos las siguientes palabras, que resumen su pensamiento sobre esta materia: «No sólo es conducente, sino utilísimo, que la juventud que haya de dedicarse al estudio de la religión aprenda primero la Filosofía aristotélica que se enseña en las escuelas, y vea el modo justo con que se aplica á las cosas teológicas, porque esto le servirá para internarse en el estudio de la religión, según todos los ramos y extensión de ella... Mas una vez enterada de estos principios que le sirven de base, conveniente puede ser también que vea toda suerte de Filosofías y escoja las verdades que hallare en ellas, para ilustrar las de la religión, porque, además de que la verdad no está vinculada á un sistema filosófico, podrá así combatir más fácilmente los errores de cualquiera Filosofía que de ésta dimanen, ó con quien tenga manifiesta conexión».

hasta en interés de la verdadera Filosofía y de la verdadera religión.

Al mismo tiempo que Piquer, ó poco después, continuó las tradiciones de la Filosofía escolástico-cristiana el portugués P. *Almeida*. En sus *Recreaciones filosóficas* y algunas otras obras, el filósofo lusitano establece y defiende con calor y copia de razones las grandes verdades del orden metafísico, moral y religioso, tan combatidas á la sazón por los enciclopedistas é incrédulos franceses. Su compatriota *Monteiro* escribió más adelante unas instituciones filosóficas, en que predomina el criterio ecléctico-cristiano, el mismo que predomina también en las *Institutiones philosophicae* escritas por *Guevara*, y que sirvieron de texto con alguna frecuencia en las universidades y escuelas públicas durante el primer tercio de nuestro siglo.

§ 91.

EL P. FEIJÓO Y EL P. HERVÁS.

En una historia general y compendiosa de la Filosofía, sólo corresponde de justicia una mención breve y de pasada á los PP. Feijóo y Hervás; pero cuando esa historia está escrita por autor español, bien puede perdonársele que dedique algunas palabras más á estos sus compatriotas.

Cierto es que ni el P. Feijóo ni el P. Hervás son dos filósofos, en el sentido propio de la palabra, y que sus escritos, más bien que á la Filosofía, se refieren á las

ciencias físicas, naturales, históricas, lingüísticas y sociales; pero tampoco puede negarse que uno y otro contribuyeron de una manera más ó menos directa y eficaz á dirigir, avivar y fomentar el movimiento filosófico en España.

El primero especialmente mereció bien de la Filosofía, señalando con bastante acierto los innegables defectos y abusos que reinaban en las universidades y escuelas de nuestra patria por entonces, principalmente por parte del método de enseñar, ora en los libros de texto, ora en las aulas, indicando á la vez los remedios. Para convencerse de ello, basta recordar ó citar sus discursos: *De lo que conviene quitar en las Símulas.*—*De lo que conviene quitar y poner en la lógica y la metafísica.*—*De lo que sobra y falta en la física,* no menos que los que llevan los epígrafes siguientes: *Abusos de las disputas verbales.*—*Desenredo de sofismas.*—*Dictado de las aulas.*—*Argumentos de autoridad.*—*Sabiduría aparente,* etc.

En estos y algunos otros discursos, lo mismo que en algunas de sus *Cartas eruditas*, el P. Feijóo emprende de nuevo ó continúa la obra de restauración que en el siglo xvi habían iniciado y promovido Luís Vives, Melchor Cano, Soto, Morcillo, Arriaga y otros, en el terreno teológico y filosófico, como la habían fomentado también Gómez Pereira, Vallés y Laguna en el terreno de las ciencias físicas y médicas. El mérito principal del benedictino español, como hombre de ciencia, consiste precisamente en esto: consiste en haber dado vida y movimiento, siquiera de una manera relativamente incompleta y superficial, á la regeneración progresiva de la Filosofía y de las ciencias, debida

al genio de aquellos grandes varones, é interrumpida después por causas de diversa índole.

Y hemos dicho *siquiera sea de una manera relativamente incompleta y superficial*, porque ello es incontestable que Feijóo se halla muy distante de los Vives y Canos en cuanto á exactitud, alcance y originalidad de ideas, lo mismo que en cuanto á profundidad de juicio y elevación de crítica. Por otra parte, lo que nos dice acerca de la escasa importancia del problema de los universales, su doctrina acerca del mal físico, los términos en que se expresa acerca de Lulio y su doctrina, la tendencia frecuente á confundir el objeto de la Filosofía con el objeto de las cosas físicas, y medir la importancia y el valor de la primera por la importancia práctica y utilitaria de la física experimental, revelan que el autor del *Teatro crítico* no poseía el discernimiento y la solidez de juicio que adornaban á Luís Vives y Melchor Cano en la tarea de regenerar la ciencia. Esto sin contar que la erudición de Feijóo no es la erudición escogida y de primera mano de aquéllos, sino la erudición muy inferior, de segunda ó tercera mano, sacada de obras contemporáneas de vulgarización, como el *Diario de los sabios*, las *Memorias de Trévoux*, el gran *Diccionario* de Moreri, con otras por este estilo.

Así y todo, sus escritos contribuyeron mucho á desterrar preocupaciones, supersticiones, errores y abusos de nuestra patria; promovieron y fomentaron, al menos indirectamente, la regeneración de la Filosofía, en cuanto al fondo y en cuanto al método, y, sobre todo, influyeron no poco para que se formaran ideas más exactas acerca de la importancia y naturaleza del

método experimental, como elemento indispensable para el cultivo y progreso de la medicina en sus diferentes ramas, y de las ciencias físicas y naturales.

Feijóo, como Bacón y como Lulio, y como otros escritores, ha sido objeto de juicios los más encontrados. Mientras unos le presentan como un sabio de primer orden y como el único hombre de ciencia en la España del siglo pasado, opinan otros que sus escritos carecen hoy de todo valor real y científico. Por nuestra parte, creemos que esos escritos, sin ser propios de un sabio de primer orden, ni aun para su siglo, todavía merecen hoy la atención de los hombres de letras. Ni creemos que sería justo *quemar sus escritos al pie de su estatua*, como decía el literato español, ni tampoco asentimos á que le presenten como el gigante debelador único de la ignorancia y tinieblas universales que suponen reinantes en nuestra patria por entonces. Cuando oigo á algunos decir que Feijóo fué la luz que desterró de España las tinieblas de la ignorancia, recuerdo involuntariamente á D'Alembert, cuando escribía que *Bacon était né dans le sein de la nuit la plus profonde*. Y, sin embargo, al lado de Bacón, ó con independencia de él mismo, florecían y florecieron, sin contar á Roger Bacón y á Gilberto, Telesio, Patrizzi, Gassendi, Oton de Guerrick, Copérnico, Kepler, Ticho Brahé, Galileo, Viete, con otros varios, así como al lado y antes de Feijóo florecieron sabios, historiadores y críticos como Lucas Cortés, Nicolás Antonio, Mondéjar, Aguirre, Burriel, Mayans, Flórez, y en el terreno filosófico y científico Caramuel, Palanco, Hugo Omengue, el P. Tosca, Solano de Luque, Martín Martínez, Saquens, Piquer, Forner y tantos otros.

El P. Hervás y Panduro (Lorenzo, 1735-1809), jesuíta desterrado á Italia con sus hermanos por la tiranía volteriana de los ministros de Carlos III, es uno de los escritores que más contribuyeron en el pasado siglo al lustre y nombre literario de nuestra patria. Hombre de inmensa lectura, de escogida erudición y de genio sintético y comprensivo, publicó en la década de 1778 á 1788 su justamente celebrada *Idea dell' Universo*, especie de enciclopedia, en que se trata del hombre y de su historia física, de las lenguas, de la sociedad, de las razas humanas y sus relaciones, del globo terrestre considerado en su constitución, en su origen y en su distribución geográfica, con otras muchas materias literarias y científicas.

Empero la parte más importante, á la vez que la más original y meritoria contenida en la *Idea del universo*, es sin disputa la que se refiere á las lenguas. Porque la verdad es que su *Vocabulario poliglota*, que comprende ciento cincuenta idiomas, su *Oracion dominical* traducida á trescientas siete lenguas ó dialectos, y, sobre todo, su *Catálogo de las lenguas conocidas, con noticias acerca de sus afinidades*, le dan derecho para ser apellidado fundador y padre de la moderna lingüística, sin que sea ni pueda ser motivo suficiente para negarle este carácter la consideración ó el hecho de que algunas de sus teorías y afirmaciones hayan sido desechadas ó rectificadas por los descubrimientos é investigaciones de los modernos cultivadores de las ciencias lingüísticas y etnográficas. En todo caso, nadie puede negar al jesuíta español la gloria de haber dado el primer impulso vigoroso y sintético en estas ciencias, y la gloria de haber acumulado, con indecibles

trabajos y fatigas, abundantes materiales para las mismas.

Si los trabajos literarios y científicos del P. Hervás no tienen relación tan inmediata y directa con la regeneración filosófica de España en el pasado siglo, en cambio bien puede afirmarse que el genio, la ciencia y la erudición del jesuita conquense son superiores al genio, á la ciencia y á la erudición del benedictino gallego, y que realzó más ante los extraños la gloria literaria de nuestra patria.

§ 92.

TRANSICIÓN DE LA FILOSOFÍA MODERNA Á LA FILOSOFÍA
NOVÍSIMA POR MEDIO DE KANT.

Para quien haya seguido con nosotros el movimiento histórico de la Filosofía moderna, á contar desde Bacón y Descartes, es cosa no difícil de comprender que son tres los caracteres fundamentales y los puntos salientes, por decirlo así, que entraña esa Filosofía. Si bajo el punto de vista filosófico encontramos en ella desde sus primeros pasos al empirismo y al idealismo, descubrimos á la vez en ella el principio racionalista, que la distingue y caracteriza desde el punto de vista teológico. Racionalismo, empirismo, idealismo: he aquí las tres direcciones fundamentales de la Filosofía moderna, considerada en su origen, ó al menos en sus dos primeros y principales representantes, Bacón y Descartes.

Como sucede generalmente en las revoluciones filo-

sóficas; como sucede cuando el espíritu humano emprende nuevos derroteros ó se inicia un nuevo período en la historia de la Filosofía, los hombres y el tiempo, coeficiente natural, aunque insensible, de las obras humanas, suelen desenvolver, concretar y aplicar las ideas más ó menos vagas é indecisas, arrojadas al viento con cierta timidez por sus autores y primeros representantes. Tal aconteció en el período de la Filosofía moderna que acabamos de recorrer. La idea racionalista, incubada y aplicada, más bien que enseñada y defendida, por Descartes y Bacón; el racionalismo, más bien práctico que teórico, indeciso, incompleto y como vergonzante de los dos fundadores de la Filosofía moderna, se transforma en racionalismo explícito y decididamente anticatólico en Hobbes y Spinoza, sus sucesores inmediatos.

Una cosa análoga sucedió con las otras dos direcciones fundamentales iniciadas y representadas por Bacón y Descartes. Á través de Hobbes, de Locke, de Berkeley, la dirección empírica dió por resultado el escepticismo de Hume y el sensualismo materialista de la Enciclopedia. Y esta Enciclopedia representa también la última evolución del idealismo cartesiano, á través de Spinoza, Pascal, Mallebranche y Condillac. Que si el genio de Leibnitz, ayudado por Bossuet y Fénelon, trató de contener la dirección racionalista, que, palpitando en el fondo de la doctrina baconiana y cartesiana, había sido sacada á la superficie por Hobbes y Spinoza, y si trató también de evitar las exageraciones y extravíos de la corriente empírica y de la corriente idealista, combinando y armonizando con el elemento tradicional y cristiano lo que en esta doble

corriente había de racional y verdadero, sus esfuerzos no obtuvieron el resultado apetecido, y el armonismo leibnitziano no pudo resistir á las corrientes impetuosas y muy desarrolladas ya del racionalismo, del cartesianismo y del sensualismo. Y si el edificio tan vasto como sólido de Leibnitz no pudo resistir á la impetuosidad de esas corrientes, dicho se está de suyo que éstas debían arrebatarse fácilmente, ó, mejor dicho, pasar por encima del raquítico edificio levantado por la escuela escocesa, resultado y amalgama informe del psicologismo cartesiano y del empirismo de Bacón.

Así es que, al finalizar el siglo XVIII, la Filosofía, corroída interiormente por un racionalismo universal y absorbente, y saturada á la vez de escepticismo y sensualismo materialista, se hallaba en un estado de verdadera postración, y no es fácil calcular lo que hubiera sido la historia de la Filosofía, á contar desde la época indicada, sin la sacudida vigorosa que le comunicó el genio de Kant.

Nació este notable filósofo en Königsberg, año de 1724. Su padre, Juan Jorge Kant, el cual, según Ueberweg, era oriundo de Escocia (*die familie Kant stammt aus Schottland*), y ejerció el oficio de sillero en Königsberg, procuró darle esmerada educación. Al efecto, colocó á su cuarto hijo, Manuel Kant, en el Colegio de Federico, llamado vulgarmente *Collegium Friedericianum*, en el cual permaneció y estudió humanidades desde 1732 hasta 1740, época en que dió comienzo á sus estudios universitarios de Filosofía, Matemáticas y Teología. El pietista Francisco Alberto Schulz y el filósofo Martín Knutzen, fueron los dos maestros que

ejercieron mayor influencia sobre Kant durante su carrera escolar, y aun después de terminada ésta.

Terminados sus estudios, y después de enseñar varias asignaturas como profesor particular y privado, obtuvo el título de profesor universitario en 1770. Sus obras principales, ó sea las que representan y constituyen su originalidad y su importancia histórico-filosófica, datan desde 1781, y son: la *Crítica de la razón pura*, la *Crítica de la razón práctica*, la *Crítica del juicio*, los *Prolegómenos á toda metafísica futura*, los *Principios metafísicos de la moral*, sin contar *La Religión dentro de los límites de la razón*, los *Principios metafísicos del derecho*, y algunas otras.

Entre éstas merecen citarse como más importantes la *Antropología desde el punto de vista pragmático*, y los *Principios metafísicos de la ciencia de la naturaleza*. El tratado ú opúsculo con el rótulo *Über das Misslingen aller philosophischen Versuche in der Theodicee*, es también notable como encarnación y aplicación del pensamiento crítico escéptico contenido en la *Crítica de la razón pura*, pertenecientes al género crítico, que constituye el aspecto principal y característico de Kant. Porque es sabido que, en la primera época de su vida, este filósofo publicó varios escritos de carácter más bien dogmático que crítico, y entre ellos la *Historia natural y teoría del cielo*, de la cual arranca y á la que se deben tal vez las famosas teorías, ó digamos la hipótesis astronómica de Laplace.

La ciudad que vió nacer al fundador del criticismo moderno le vió también morir en 1804.

§ 93.

LA FILOSOFÍA ESPECULATIVA DE KANT.

Según lo que se acaba de indicar en el párrafo anterior, la vida intelectual de Kant comprende un período dogmático y otro período crítico. Durante el primero, que llega hasta 1770 poco más ó menos, la concepción filosófica de Kant tiene grande afinidad con la concepción de Leibnitz, cuya doctrina expone y defiende, aunque con ciertas modificaciones, en algunos de sus trabajos anteriores á la época citada, y especialmente en el que lleva por título: *Principiorum primorum cognitionis metaphysicae nova dilucidatio*, y también en su *Metaphysicae cum geometria junctae usus in Philosophia naturali*, obra en la que desarrolla una especie de monadología física calcada sobre la de Leibnitz.

Á esta primera época y fase de la vida intelectual de Kant pertenecen también, sin contar algunas menos importantes (1) que no pueden tener cabida aquí, las

(1) Además de las obras citadas en el texto como pertenecientes á la primera época intelectual de Kant, éste publicó varios artículos, opúsculos y pequeños tratados, referentes en su mayor parte á ciencias físicas y naturales. Por cierto que uno de ellos tiene por objeto las causas de los terremotos con motivo del famoso que afligió á la Europa en 1755 (*Von den Ursachen der Erderschütterungen bei Gelegenheit des Unglück welches die Westl. Länder, etc.*), y principalmente á Portugal, así como en otro escrito ventila la cuestión referente á las alteraciones ó mutación posible del movimiento de la tierra sobre su eje. Este curioso tratado, en que Kant revela sus conocimientos é ideas nada vulgares acerca de las ciencias físicas y as-

obras siguientes: *Pensamientos acerca de la verdadera medida de las fuerzas vivas*.—La ya citada *Historia del cielo* (1), en la cual expone las líneas fundamentales de la famosa teoría astronómica de Laplace.—*Nuevo concepto científico del movimiento y quietud*.—*Consideraciones sobre el optimismo*, tratado en que se acerca y se aleja alternativamente de Leibnitz.—*Único fundamento posible para una demostración de la existencia de Dios*, obra en la cual se apuntan ya algunas ideas, desarrolladas después en los escritos pertenecientes al período crítico. No es difícil observar que en 1763, época de la publicación de esta obra, germinaba ya en el cerebro de Kant la idea crítico-escéptica del valor objetivo de algunas ideas pertenecientes al mundo inteligible, no menos que acerca de la demostrabilidad científica de la existencia de Dios, por más real y necesaria que sea en el hombre la convicción de la existencia divina: *Es ist durchaus nöthig, dass man sich vom Dasein Gottes überzeuge, aber es ist nicht eben so nöthig, dass man es demonstrire*. Poco después salieron á luz sus *Consideraciones sobre el sentimiento de lo bello y de lo sublime*; y, por último, en 1768 publicó el tratado referente al *Fundamento primitivo de la diferencia de los objetos en el espacio*, en el cual tratado se vislumbra

trónicas, vió la luz pública en 1754, y lleva el siguiente rótulo: *Untersuchung der Frage, ob die Erde in ihrer Undrehung um die Achse einige Veränderungen seit den ersten Zeiten ihres Ursprungs erlitten habe*.

(1) Aunque los autores suelen citar con este sólo epigrafe esta obra de Kant, su verdadero título es *Historia general de la naturaleza y teoría del cielo* (*Allgemeine Naturgeschichte und Theorie des Himmels*), impresa en Leipzig en 1755.

ya su futura teoría acerca de la subjetividad del espacio.

En 1770 Kant publica su disertación *De mundi sensibilis atque intelligibilis forma et principiis*, en la cual aparecen ya los primeros elementos del criticismo, con el espacio y el tiempo considerados como formas generales de la percepción de los fenómenos (*spatium, quod est conditio universalis et necessaria compraesentiae omnium, sensitive cognita, dici potest omnipresentia phenomenon*) que se verifica por medio de la sensibilidad, y en 1781 publica su *Kritik der reinen Vernunft*, que representa y contiene la teoría crítica en toda su perfección y madurez. Los años que median entre estas dos publicaciones representan la evolución ó transformación dogmático-crítica de Kant, y corresponden al período de transición de su inteligencia desde el dogmatismo al criticismo. Kant reconoce y confiesa que la teoría escéptica de Hume, especialmente en lo que se refiere á la idea de causa, fué como la primera chispa (*la première étincelle de cette lumière*) que hizo brotar en su espíritu la nueva dirección crítica (1), y la que determinó su evolución ó tránsito del dogmatismo al criticismo.

Como este último es el que constituye la originalidad, á la vez que la importancia científica é histórica de la doctrina de Kant, vamos á resumir su Filosofía en su aspecto crítico.

(1) «J'avoue de grand cœur que c'est à l'avertissement donné par David Hume que je dois d'être sorti depuis bien des années déjà du sommeil dogmatique, et d'avoir donné à mes recherches philosophiques dans le champ de la spéculation une direction toute nouvelle.» *Prolégom. à toute métaphys. fut.*, pref., pág. 16.

§ 94.

BASES GENERALES DEL CRITICISMO DE KANT.

Además de la voluntad, facultad moral y práctica á la cual corresponde su crítica especial y propia (crítica de la razón práctica), hay en el hombre la inteligencia ó facultad de conocer, la cual se descompone ó divide en sensibilidad, entendimiento y razón. La Filosofía, añade Kant, debe ser ante todo *crítica*, y esto, no sólo por cuanto antes de afirmar debe discutir y pesar los fundamentos inmediatos y directos de la afirmación ó negación, lo cual constituye lo que pudiera llamarse criticismo general, sino por cuanto y según que debe discutir y examinar los fundamentos primitivos y el valor real de sus afirmaciones y negaciones, lo cual no puede alcanzarse sino por medio de una crítica especial de la facultad de conocimiento en todas sus fases y aplicaciones: discutir y fijar los elementos primitivos, las fuentes, las condiciones y los límites del conocimiento humano, he aquí lo que caracteriza al criticismo filosófico, y lo que constituye el objeto preferente y el ser de la *Filosofía crítica* en su sentido verdadero y genuino.

El criticismo kantiano recibe también el nombre de *Filosofía trascendental*, en atención á que su autor no se encierra dentro de la sola sensibilidad para explicar el fenómeno del conocimiento humano, como hace el sensualismo, ni tampoco explica este fenómeno por la acción sola del entendimiento, como hace el idealismo, sino que, elevándose—*transcendens*—sobre uno y